á rasgar mortajas, á profanar huesos. Extraños y misteriosos obreros, iban á hacer polvo del polvo. Oid esto: el primer espectro que despertaron, el primer rey que arrancaron brutalmente del ataúd, como se sacude á un criado que haya dormido demasiado, el primer esqueleto de que se apoderaron en su manto de púrpura para arrojarlo al pudridero, fué Luis XIV.

¡Oh represalias del destino! ¡1693, 1793! ¡Siniestra ecuación! ¡Admirad esa precisión formidable! Al cabo de un siglo para nosotros, al cabo de una hora para el Eterno, lo que Luis XIV había hecho en Spira á los emperadores de Alemania, Dios se lo devolvía en San Dionisio.

Cosa digna de notarse, además, el fundador de la catedral de Spira, el más antiguo de esos viejos príncipes germanos, Conrado II, antes de ser emperador de Alemania, había sido duque de la Francia rhenana. Aquel duque de Francia fué ultrajado por un rey de Francia. ¡Castigo! ¡Castigo! Si Luis XIV, en sus campañas de Alemania, hubiese pasado por Otterberg, como yo hace un mes, hubiera visto allí, como en Spira, una admirable catedral erigida también por Conrado II, y tal vez no hubiera sido inútil al gran rey; pues en la puerta principal de la sombría iglesia hubiera podido leer esta melancólica y severa advertencia, que se lee todavía en la actualidad:

MEMENTO CONRADI.

CARTA VIGÉSIMA OCTAVA

HEIDELBERG

Á M. LUIS B.

Todos los habitantes de Mannheim se convierten en enemigos del autor.—Heidelberg.—El autor da muchas explicaciones sobre sí mismo.—La casa del caballero de San Jorge.—Un versículo de la Biblia protege mejor una casa contra los incendios que la placa de seguros M. A. C. L.—Pormenores poco conocidos acerca del sitio de Heidelberg por las tropas de Luis XIV.—El autor en el bosque.—Ensueños.—Enigma esculpido en la pared de un caserón.—El *camino de los filósofos*.—Sol poniente.—Pasaje.—Cosas crepusculares y misteriosas que comienzan.—De noche.—El autor en lo alto de la montaña.—Espantoso hoyo entrevisto.—Aventura sobrenatural de la zarza que camina.—*¡Heindenloch!*—Rastro de paganos en todas las orillas del Rhin.—Algunas visiones vespertinas en aquellos va-

lles.—Neckarsteinach.—Los cuatro castillos.—El Schwalbennest.—Leyenda de Bligger la Calamidad.—El autor deja estallar su profunda admiración por los cuentos de las buenas mujeres.—Curioso pasaje de Buchanan acerca de Macbeth.—Lo que el autor escribe en la puerta del Schwalbennest.—Interior de la ruina.—Magnificencia que el autor halla allí.—El pueblo sin nombre.—El autor penetra en él.—Interior de una gran torre.—Misterios.—Lo que el autor oye y ve espantoso al obscurecer.—Apresúrase á salir del pueblo sin nombre.—El Néckar en el crepúsculo.—El Pequeño Geissberg.—Paisaje que refiere la historia.—Mirando á las cosas y á las sombras.—El castillo de Heidelberg.—Lo que era el conde palatino.—Sentido güelfo y faccioso de las inscripciones del palacio de Otón.—Enrique.—Los electores palatinos amaban las artes y las letras.—Federico el Victorioso.—El castillo de Heidelberg á vista de pájaro.—Todos los géneros de belleza están en él.—Vestigios de las guerras.—Lo que hacía la señora palatina antes de convertirse en hombre.—El autor siente no haber estado allí, en 1693, para dirigir un poco la devastación.—El patio interior.—La fachada de Federico IV.—La fachada de Otón.—Enrique.—La fachada de Luis el Barbudo.—Las columnas de Carlomagno.—Comparación de esas fachadas.—Tristeza.—Una observación singular.—Los reyes y los dioses.—El autor se figura ver el castillo á la luz del bombardeo.—De qué manera fueron mutiladas las estatuas de los emperadores y los príncipes.—Estatua de Federico V.—Estatua de Luis V.—La torre de Federico el Victorioso.—Palacio de Otón.—Enrique.—El interior.—Enumeración de todos los edificios y de todos los palacios que contenía el castillo de Heidelberg.—Las torres.—El gran tonel.—Detalles desconocidos y curiosos.—Cuántas botellas de vino caben en el gran tonel.—En lo que se convierte allí el vino.—Los toneles pequeños.—Uno de los pequeños toneles venció á los granaderos franceses.—Lo que se vislumbra en la obscuridad.—PERKEO.—Moral de todas esas sombrías historias.—Las fantasmas y los aparecidos de Heidelberg.—Jutha.—Los dos jueces libres.—Los músicos jorobados.—La dama blanca.—Irreverencia de la dama blanca por la firma de M. de Cobentzel.—Los dos diablos vistos por el autor en plena luz del día.—Detalle de las pequeñas devastaciones.—Los arquitectos.—Los inválidos.—Los ingleses.—La reja de la escalinata tuvo sus bárbaros, como nuestra verja de la plaza Real tuvo sus vándalos.—Siniestro aspecto de la Torre-Hendida vista á la luz de la luna.—Visita nocturna á la ruina de Heidelberg.—Efectos vertiginosos de los rayos lunares.—Penosa impresión en las habitaciones desiertas—Incidente.—En qué repugnante fantasma se ve obligado á pensar el autor.—El incidente se ofrece de un modo lúgubre é inexpresable.—Cólera de las cariátides y de las estatuas contra el autor.—Sale huyendo del patio.—La luna en las dos fachadas.—Regreso á la ciudad.—Post-Scriptum.—Imprecación contra las estufas.

Heidelberg, octubre.

Querido Luis: Prepárese usted, porque estoy de humor de escribirle una carta interminable. Me pide usted cuatro páginas: *te quiero dar cien,* como dice Orosmano. ¡Qué le haremos! Peor para usted y procure salir lo mejor que pueda; las viejas amistades gustan de charlar.

Estoy en esta ciudad desde hace diez días, querido amigo, y no puedo salir de ella. Cuando su excursión por Alemania, hace doce años, ¿vino usted á Heidelberg? Sobre todo, ¿se detuvo usted aquí? Porque no se debe pasar por Heidelberg, es preciso permanecer, vivir en él. No le diré á usted por cierto lo mismo de esa especie de falso Versalles badense á que llaman Mannheim, insípida ciudad, cuyas calles parecen cortadas con escuadra en un bloque de yeso, con campanarios que, como los de Namur, no son campanarios, sino boliches muy completos. Al desembarcar del vapor del Rhin, permanecí en Mannheim el tiempo de mandar enganchar el carruaje y salir en el acto para Heidelberg. Haga usted lo mismo si alguna vez viene por aquí.

Heidelberg, situada y como refugiada en medio de los árboles, en la entrada del valle del Néckar, entre

dos crestas verdes, más orgullosas que las colinas y menos ásperas que las montañas, tiene sus admirables ruinas, sus dos iglesias del siglo XV, su encantadora casa del 1595, con fachada roja y estatuas doradas, llamada posada del *Caballero de San Jorge,* sus viejas torres sobre el agua, su puente, y sobre todo su río, su río límpido, tranquilo y salvaje, donde se agitan las truchas y abundan las leyendas, donde se levantan las rocas y la ola complicada entre escollos es una tupidísima red de torbellinos y de corrientes; encantador río-torrente donde es seguro que jamás penetrará ningún vapor.

Llevo aquí una vida ocupada, ocupada según la casualidad, es cierto; pero no pierdo ni un instante, puede usted creerlo; frecuento el bosque y la biblioteca, que es otro bosque; y por la noche, al volver al cuarto de mi posada, como su amigo de usted, Benvenuto Bellini, escribo en hojas que irán, no sé adónde, mis aventuras del día.

Questa mia vita travagliata io scrivo.

Sólo que los trabajos de Benvenuto eran estocadas, puñaladas, evasiones del castillo de San Angelo, combates con armas recién afiladas por el Rosso contra los discípulos de Rafael, de ciudades fortificadas, colosos emprendidos, insolencias al Papa ó á la duquesa de Etampes, viajes de bohemio, con sus dos discípulos Pablo y Ascanio, el hotel de Nesle tomado por asalto y vaciado por las ventanas, muebles y personas; y luego, aquí y allí, alguna obra maestra, *qualchè bell'opera,* según su propio decir, una *Juno,* una *Leda,* un *Júpiter* de plata del tamaño de Francisco I, ó un aguamanil de oro por el cual el rey de Francia daba al cardenal de Ferrara una abadía de siete mil escudos de renta.

Mis aventuras y mis trabajos, laborioso holgazán

á quien harto conoce usted, querido Luis, bien los sabe de memoria por haberlos compartido durante mucho tiempo conmigo; son un paseo solitario en un sendero extraviado, el contemplar un rayo de sol que cae sobre el musgo, la visita de una catedral ó de la iglesia de algún pueblo, algún libro viejo hojeado á la sombra de un árbol viejo también, un joven campesino á quien dirijo preguntas, un hermoso escarabajo enterrador acorazado de oro violeta, que para su desgracia ha caído de espaldas y se agita hasta que le doy vuelta con el pie al pasar junto á él; versos de todo género mezclados con esas cosas; y luego meditaciones, ensueños de algunas horas frente á la *Roche-More* del Ródano, el *Château-Gaillard* del Sena, el Rolandseck del Rhin, frente á una ruina en la orilla de un río, frente á lo que cae sobre lo que pasa, ó, á mi juicio, espectáculo no menos tierno y conmovedor, frente á lo que florece sobre lo que canta, frente á un *miosotis* inclinando su racimo azul sobre un arroyuelo de agua viva.

He ahí lo que hago, ó, mejor dicho, eso es lo que soy; pues, para mí, *hacer* es derivado fatal é inmediato de *ser*. Tal como se es, así se hace.

Aquí, en Heidelberg, en esta ciudad, en este valle, en estos escombros, la vida del hombre pensador es encantadora. Comprendo que no me iría de este país si estuviese usted aquí, querido Luis, si se hallasen los míos, y si el verano durase un poco más.

Por la mañana me voy, y primero (perdóneme usted una expresión descaradamente aventurada, pero que completa mi pensamiento) paso, para hacer que mi espíritu almuerce, por delante de la casa del *Caballero de San Jorge.* Es realmente un precioso edificio. Figúrese usted tres pisos con ventanas estrechas, que soportan un frontón triangular de gruesas volutas enrolladas y abiertas en transparentes; al través de

esos tres pisos, dos torrecillas *espías* con parhileras fantásticas, que se adelantan hacia la calle; en fin, toda esa fachada de greda roja, esculpida, cincelada, á veces burlona, á veces severa, y cubierta de arriba abajo de arabescos, de medallones y de bustos dorados.

Cuando el poeta que construía esa casa la hubo concluído, escribió en letras de oro, en medio del frontispicio, este versículo obediente y religioso: *Si Jehova non ædificet domum, frustra laborant ædificantes eam.*

Esto ocurría en 1595. Veinticinco años después, en 1620, comenzó la guerra de treinta años con la batalla del Mont-Blanc, cerca de Praga, y continuó hasta la paz de Westfalia, en 1648. Durante esa larga ilíada, de la cual fué Gustavo Adolfo el Aquiles, Heidelberg se vió sitiada cuatro veces, tomada y abandonada por ambos contendientes, fué bombardeada dos veces, é incendiada en 1635.

Una sola casa se salvó del fuego, la de 1595.

Las demás, que habían sido construídas sin el Señor, quemaron por los cuatro costados.

Después de la paz, el elector palatino, Carlos Luis, á quien se dió el sobrenombre de Salomón de Alemania, regresó de Inglaterra y reconstituyó su ciudad. A Salomón sucedió Heliogábalo, al conde Carlos Luis el conde Carlos, y luego á la rama palatina de Wittelsbach-Simmern, la rama palatina de Pfalz-Neuburg, y, finalmente, á la guerra de Treinta años la guerra del Palatinado.

En 1689, un hombre, cuyo nombre se utiliza hoy en Heidelberg para dar miedo á los niños, Melac, teniente general de los ejércitos del rey de Francia, entró á saco en la ciudad palatina y la convirtió en un montón de escombros.

Sólo sobrevivió una casa, la casa de 1595.

Apresuráronse á edificar de nuevo á Heidelberg. Cuatro años después, en 1693 (1), volvieron los franceses; los soldados de Luis XIV violaron en Spira

(1) Con motivo de ese sitio, en que la ciudad fué tomada en doce horas de trinchera abierta, y que ha dejado en Alemania un fatal recuerdo que quizá diez siglos no bastarán á borrar, no carece de interés transcribir aquí algunos pormenores desconocidos y algunas páginas curiosas tomadas de la *Gaceta de los entresuelos del Louvre*, citada ya en la carta XXVII. No hay que decir que estos extractos son textuales, y que en cuanto á las correlaciones que pueden producir en el ánimo del lector, el autor de este libro no ha tenido propósito de buscarlas ni de evitarlas.

Gaceta del 28 de mayo

«El señor de Melac, teniente general, ocupa las alturas superiores al castillo con doce batallones y cincuenta dragones. Ha desalojado á los enemigos de un reducto desde donde pueden batirse las obras de la plaza.

»Se ha puesto una batería de seis cañones del otro lado del Néckar. La trinchera debe abrirse esta tarde por el marqués de Chamilly, teniente general; por el lado de frente obras de tierra del arrabal, para la brigada de Picardía.»

(Del campamento frente á Heidelberg, 21 de mayo de 1693.)

«Seiscientos hombres de tropas de Hesse-Cassel vinieron para abastecer la plaza.

»El señor de Melac los hizo atacar de la manera siguiente:

»Cien hombres del regimiento de Picardía, mandados por los de Coste y Despie, marcharon por las viñas á la montaña. Les seguían ciento treinta del regimiento de la Reina y cincuenta caballos del regimiento coronel-general de Melac, y de Lalande, que llevaban granaderos en grupa. La segunda compañía de los granaderos de la Reina se adelantó por la carretera, entre la montaña y el río, con un cañón á la cabeza, para atacar un parapeto que el enemigo había hecho en la misma carretera. Ciento cincuenta hombres del regimiento de la Reina sostenían á la compañía de granaderos; la caballería y los dragones sostenían á toda la infantería. Y se atacó al enemigo por todas partes. Abandonó primero el primero y el segundo parapeto. Pero se afianzó en el último. Entonces el señor de Melac hizo adelantar á los granaderos, que atacaron al enemigo por el flanco, de modo que empezó á abandonar el terreno. Se mantuvo aún algún tiempo detrás de las cercas y en las viñas; pero la caballería le obligó por fin á huir. Unos procuraron volver á subir á la colina por entre las viñas, y los otros escaparon hasta el pueblo de Vebelingen, que está al pie de la montaña. Sin embargo, habiendo sido reforzados por un número de

las sepulturas imperiales, y en Heidelberg las tumbas palatinas. El mariscal de Lorges mandó incendiar la residencia electoral; el incendio fué horrible, todo

---

campesinos armados, se pusieron en actitud de volver á la carga; pero los granaderos los persiguieron con tanta viveza que les obligaron á huir después de haberles muerto más de ciento cincuenta hombres y hecho varios prisioneros. Los franceses no tuvieron en este encuentro más que tres hombres heridos, que son un granadero del regimiento de la Reina, un soldado de Picardía y otro de caballería del regimiento de Melac.»

Gaceta del 1.º de junio

«22 por la mañana. Los enemigos, viéndose empujados y envueltos por las baterías, quisieron abandonar el resto del arrabal en pleno día. Se les hizo ir hasta la puerta de la ciudad, que cerraron; los granaderos de Picardía la echaron abajo á hachazos, y, á pesar de su mortífero fuego, los empujaron hasta la puerta del castillo, que los sitiados cerraron, dejando fuera más de quinientos de los suyos, que fueron muertos ó hechos prisioneros.

»... Las tropas entraron por todas partes en la ciudad, que saquearon, sin que los oficiales generales pudiesen impedirlo. El castillo pidió capitular. El mariscal duque de Lorges no quiso otorgar condiciones. Se rindieron á discreción, y salieron el 23 de noviembre en número de mil ochocientos hombres. Trescientos soldados prisioneros, que habían sido puestos en la iglesia grande, incendiaron los campanarios, incendio que se propagó por la ciudad, y, á pesar de lo que se hizo para apagarlo, se quemó una gran parte de ella. Se encontraron cuarenta *millares de pólvora*, muchas granadas, bombas, doce cañones fundidos y diez de hierro. También nos apoderamos del puente de barcas que hizo el enemigo.»

«París, 30 de mayo de 1693. El rey salió de Compiègne el 22 del mes para ir á dormir á Roye; el 23 durmió en Peronne, el 24 en Cambray, y el 25 en Quesnoy.

»El rey y la reina de la Gran Bretaña vinieron aquí el 27 á ver á Sus Altezas Reales, y oyeron la salve en el monasterio de las Capuchinas.»

Gaceta del 6 de junio

«... La ciudad estaba tomada, los soldados, caballería y los dragones entraron por todas partes y comenzaron el saqueo... No fué posible contener á los soldados por mucho que hicieran los oficiales para impedir las consecuencias del desorden y el incendio de la ciudad, aunque habiendo sido tomada por asalto pudo no ser librada de los excesos. El marqués de Chamilly había mandado primero poner

Heidelberg ardió. Cuando el torbellino de llamas y de humo que envolvía á la ciudad se desvaneció, vióse una casa, una sola, en pie entre aquel montón de cenizas.

Era, naturalmente, era siempre la casa de 1595.

Hoy, la preciosa fachada roja, damasquinada de oro, siempre virgen, intacta y altiva, es la única digna de parangonarse con el castillo en aquella insignifi-

---

los prisioneros y algunos paisanos con sus mujeres y sus hijos en la iglesia grande, como en lugar seguro. Pero esos presos incendiaron los dos campanarios, desde donde se comunicó el fuego á las casas de la ciudad y de los arrabales; también fué incendiado por casualidad algún otro punto, corriéndose casi por todos lados, por muchos cuidados que se adoptasen para apagarlo. El señor de Heidersdorf, que mandaba en el castillo, pidió, sin embargo, capitular. Un capuchino fué varias veces de un lado para otro, acompañado por un teniente coronel y un magistrado. Se firmó la capitulación. Encontráronse diez *millares* de plomo en barras, siete en balas, cinco mil granadas cargadas, cien bombas y gran número de utensilios. Las tropas comenzaron después á destruir las fortificaciones del castillo.»

En el mismo número

«Du Quesnoy, 2 de junio de 1693.

»El 28 del pasado mes, un correo enviado por el mariscal duque de Lorges trajo al rey la noticia de la toma de Heidelberg. El 31 el rey hizo sus devociones y tocó á los enfermos. Su Majestad nombró al abate de la Luzerne para el obispado de Cahors, y al abate de Denonville para el obispado de Comminges. Su Majestad otorgó un canonicato de la Santa Capilla al señor Boileau, deán de la iglesia de Sens, y otro al señor Basire.»

«De París, 6 de mayo de 1693.
»(*Sic*. Error; 6 de junio.)

»El 1.º de este mes cantaron en la iglesia de Nuestra Señora, por orden del rey, el *Te Deum*, en acción de gracias de la *reducción* de Heidelberg. Las compañías asistieron con las ceremonias acostumbradas, y por la noche hubo fuegos en todas las calles.»

Además del saqueo de la ciudad, esa toma de Heidelberg tuvo un lúgubre resultado. Al llegar al campamento de los imperiales, en Heilbrón, el general Heidersdorf, que había capitulado con el mariscal de Lorges, fué juzgado por un consejo de guerra y condenado á muerte. Le decapitaron, y la misma suerte sufrieron un capitán y un teniente á quienes complicaron en el proceso.

cante aglomeración de casas blancas que componen el Heidelberg de ahora, elevándose soberbiamente sobre la ciudad, haciendo brillar al sol la inscripción triunfal en que leo todas las mañanas al pasar, que Jehová fué el obrero y que Jehová fué el salvador.

Es cierto, pues hay que decirlo todo, y la devoción del renacimiento se condimentaba con fantasías paganas; es cierto que el efecto de aquel grave salmo está algo modificado por esa línea profana que el arquitecto grabó encima: *Præstat invicta Venus*, la cual á su vez debe experimentar alguna contrariedad por esta tercera leyenda que sirve de remate y corona al frontón: *Soli. Deo. Gloria.*

Una vez saludada la milagrosa casa, paso el puente y voy hacia la montaña.

Allí penetro hasta el fondo, me pierdo, camino al azar, sigo el sendero que se presenta; capitel tras capitel, los árboles, pilares de la gran catedral misteriosa; y, sumido en la lectura de la naturaleza, como los viejos puritanos en la meditación de la Biblia, busco á Dios.

Amigo, cada uno tiene su libro, y lo mismo en el Evangelio que en el paisaje, la misma mano escribió iguales cosas. En cuanto á mí, pienso que todas las faces de Jehová quieren y deben ser contempladas, y esa idea regula y llena todos mis ensueños desde hace veinte años; usted lo sabe, Luis, usted que me quiere y á quien quiero. Pienso también que el estudio de la naturaleza no daña de ningún modo á la práctica de la vida, y que el espíritu que sabe ser libre y alado entre los pájaros, perfumado entre las flores, movible y vibrador entre las olas y los árboles, alto, sereno y apacible en las montañas, sabe también, cuando llega, y quizá mejor que nadie, ser inteligente y elocuente entre los hombres. No soy nada, lo sé, pero compongo mi nada con un pedacito de todo.

Ando así todo el día, sin saber donde estoy, con los ojos muchas veces fijos en el suelo, la cabeza inclinada hacia el sendero, los brazos á la espalda, dejando caer las horas y recogiendo los pensamientos cuando encuentro alguno. Me siento en esos excelentes sillones cubiertos de musgo, es decir, de terciopelo verde, que la antigua Pales cava al pie de todas las vetustas encinas para el viajero cansado; pongo en libertad, para festejar mi venida, como un soberano bondadoso, todas las moscas y todas las mariposas que encuentro presas en las redes que me rodean; pequeña amnistía obscura que, como todas las amnistías, sólo contraría á las arañas. Y luego miro correr bajo mi trono, en el barranco, algún admirable riachuelo sembrado de rocas agudas donde se frunce en mil pliegues la túnica plateada de la náyade; ó bien, si el monte no tiene torrente, si el viento, las hojas y la hierba callan, si el sitio está en calma, si es muy desierto, muy alejado de toda ciudad, de toda casa, hasta de toda cabaña, hago que calle en mí mismo todo lo que murmura sin cesar en nosotros, abro el oído á las canciones de algún joven montañés perdido entre las ramas con su rebaño de cabras, allá, muy lejos, encima de mí. Nada hay tan melancólico y dulce como una tirolesa semisilvestre cantada en la sombra por un pobre pastor invisible para la soledad que le escucha. Algunas veces, en toda una gran montaña, sólo se oye la voz de un niño.

Los montañeses de estos bosques próximos á la Selva Negra tienen una especie de canto clarobscuro que encanta.

Como paseo todos los días, empiezo á ser conocido y aceptado en las aldeas. Los muchachos que juegan á soldados se apartan para dejarme pasar; el carretero del valle del Néckar me sonríe bajo su fieltro adornado con galones de plata y franjas colgantes y de rosas

artificiales; los campesinos me saludan gravemente con su gran sombrero á lo Enrique IV; las jóvenes y las viejas me consideran como á un viajero familiar y me dicen: *Guttag*. A propósito, aquí, más que en ningún otro punto, me pregunto, cada vez que paso por un pueblo ó por una aldea, cómo unas muchachas tan bonitas pueden convertirse en unas viejas tan feas. Dibujo aquí y allí casuchos que tienen estilo. En este país, devastado por las guerras feudales, las guerras monárquicas y las guerras revolucionarias, las cabañas están construídas con las ruinas de los castillos; esto produce extraños edificios. El otro día encontré un caserón de campesino compuesto de este modo: cuatro paredes de tapia, blanqueadas con cal, una puerta y una ventana en la fachada; á la derecha de la puerta, el león de Baviera coronado, llevando el globo y el cetro, esculpido en alto relieve sobre una ancha losa de gres rojo. A la izquierda de la ventana otra hoja de gres rojo, gran bajo relieve que representaba un puño crispado sobre un tajo y medio cortado por un hacha. Sobre el hacha esta fecha borrada: 16...; en la parte baja del tajo esta otra fecha: 1731; entre ambas esta palabra: RENOVATUM. Nada tan misterioso ni tan siniestro como ese bajo relieve. No se ve el hombre cuyo puño está allí; no se ve al verdugo, pero sí su hacha. Esa horrible cosa parece salir de una nube. Los dos bajo relieves están incrustados en la pared, debajo de las viejas vigas del techo. El león palatino se vuelve como irritado y furioso hacia aquel puño medio cortado. Ahora, ¿quién llevó allí ese león? ¿Qué significa ese repugnante bajo relieve? ¿Qué crimen hay bajo aquel suplicio? ¿Qué singular casualidad ha tenido el capricho de completar una choza con el león rugiente y aquella mano ensangrentada? Una parra cargada de uva trepa alegremente á lo largo de ese sombrío enigma.

A fuerza de mirar, he hallado algunos caracteres grabados en lo alto del bajo relieve del puño cortado; y separando los pámpanos y las uvas, he descifrado la palabra *Burg-Freyheit*.

El mismo día, hacia la tarde, salí de la ciudad por el camino llamado *de los Filósofos*, cuyo camino va no sé adónde, como corresponde á un camino de filósofos, y me encontré en un valle cualquiera. Empecé á subir á una escarpada colina por una de esas veredas antiguas, como se encuentran á menudo en este país, senderos-escaleras, empedrados con trozos de roca en bruto, que parecen un muro ciclópeo puesto de plano sobre el suelo, atribuídos por los ignorantes á los gigantes, y por los sabios á los romanos, es decir, siempre á gigantes.

La luz del día se apagaba detrás de mí en el llano del Rhin. Era una de esas siniestras puestas de sol en que el astro parece hundirse para siempre en la sombra, aplastado por nubes de granito informe, y nadando en una inmensa laguna de sangre.

Subí lentamente con esa luz.

Poco á poco palideció, luego se borró. Cuando estaba en la mitad de la subida me volví.

Tenía á la vista uno de esos grandes paisajes crepusculares en que las montañas se arrastran sobre el horizonte como enormes caracoles, de los cuales los ríos y los arroyos, pálidos y vagos entre la niebla, parecen ser la traza plateada.

El monte iba siendo áspero, la escalera de rocas se extendía indefinidamente; pero los brezos y los castaños se agitaban junto á mí con ese murmullo amistoso y hospitalario que invita al viajero á continuar.

Seguí, pues, mi ascensión.

Al llegar á la cima de uno de los lados bajos del monte, la luna, la luna llena, redonda y brillante, que aparece de cobre en los llanos y de oro en las monta-